

«LEVÁNTATE Y CAMINA» CONSIDERACIONES SOBRE LA GRAMÁTICA DEL CAMINO EN DIÁLOGO CON EL DEUTERONOMIO

Lidia Maggi¹

INTRODUCCIÓN: LA DINÁMICA DE LA PALABRA

Nos ponemos en escucha de la Palabra que nos ha convocado. Una Palabra para escuchar “hoy”, pero que viene de lejos. Antes de dejarla hablar, probemos a intuir el camino que la ha traído hasta nosotras. No entiendo proponerles una panorámica sobre la formación del canon bíblico y sobre su recepción a lo largo de los siglos. Deseo sólo poner a foco con ustedes la dinámica del camino de la Palabra testimoniada en las Escrituras. Con una imagen que me limito a evocar (y que podría ser fructíferamente declinada en más direcciones), la dinámica de la Palabra es comparable a una herencia, que nos llega de improviso, como un don no merecido por parte del testador, confiado a nosotras para poder beneficiarnos de aquella riqueza. No por nada la Biblia cristiana desde el principio recurre al lenguaje del Testamento, antiguo o nuevo: un modo de designar la Palabra, en cierto término de Pacto, pero subrayando la iniciativa divina, el carácter gratuito, junto a la responsabilidad del buen uso de cuanto hemos recibido. Precisamente como una herencia, la Palabra irrumpe en nuestras vidas en términos de don gratuito (gracia) y exige que nos hagamos cargo, realizando opciones y no limitándonos a custodiarla intacta. La herencia no es un dato sino una tarea.

La Palabra heredada es un don ofrecido a hijos e hijas: abre al futuro, hace crecer y responsabiliza. Quien deja en herencia dice a los herederos: ustedes son preciosos, como la herencia que les dejo; ahora ustedes son adultos: administren mi tesoro. Nos lo recuerda el apóstol Pablo, en la carta a los Romanos (no por casualidad, es la carta más madura que se considera su testamento espiritual): «Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rm 8,17). No hijas menores, todavía bajo el control de los padres y necesitadas de atención, sino personas adultas y responsables, llamadas a decidir, arriesgar y administrar con sabiduría.

En el fondo de la experiencia de dar en testamento o recibir en herencia, más que una cuestión de patrimonio está en juego la cuestión del deseo: el deseo que ha movido el trabajo del testador, que se ha materializado en bienes realizados y que ahora toca al heredero llevar adelante. Como decir: más que de los bienes, se hereda un deseo, un sueño, que deberá ser asumido no reproduciendo, como papagayo cuanto ha hecho quien nos ha precedido, sino invirtiendo aquel capital en nuevos proyectos y generadores de futuro.

¹ Lidia Maggi, biblista y pastora bautista, ha sido destinada por las iglesias bautistas a un proyecto de pastoreo itinerante. Gira por iglesias y centros culturales ocupándose de formación bíblica y de evangelización. Ahora vive, particularmente en Dumenza (en provincia de Varese), en una casa grande donde con su marido, se ocupan de una pequeña hospedería para personas en crisis o en búsqueda o simplemente deseosos de un confronto. Escribe libros y colabora con diversas revistas católicas y protestantes sobre temas bíblicos y de diálogo ecuménico e interreligioso. Con las Paulinas ha publicado *Fare strada con le Scritture* (2017).

Saber coger esta dinámica “testamentaria” de la Palabra, custodiar el sentido del camino que la ha conducido hasta nosotras, nos preserva de entender la convocatoria de la misma manera de una cita en serie, administrativa – ¡como las asambleas de condominios! – y nos pone frente al caso serio de la Palabra divina, que irrumpe en nuestras vidas siempre de una forma inédita, haciendo «una cosa nueva», llamándonos a recorrer juntos (con-vocación) el camino trazado por Dios, atreviéndose a creer que se puedan abrir caminos «en el desierto» (Is 43,19). Y los caminos abiertos por la Palabra no son nuestros caminos con el imprimátur divino: además, son diferentes, otros (Is 55,8-9), aquellos que la audacia divina nos da para que demos nuestros pasos en dirección de su Reino.

LA ESCENA-MADRE: EL DEUTERONOMIO

De este camino inquietante y plural de la Palabra, trato de resaltar la escena que ha inspirado el título de su Capítulo: «*Levántate y ponte en camino*» (Dt 10,11)... *confiando en la Promesa*. El libro entero del Deuteronomio se presenta como una rica reflexión sobre la fe en camino. Además, se trata de un texto “testamentario”: son las últimas palabras pronunciadas por Moisés.

Israel está cerca de la Tierra prometida. Después de largo errar en el desierto, finalmente el pueblo que el Señor ha sacado de la opresión de Egipto llega al Jordán: basta sólo atravesarlo para llegar a la meta. El camino ha sido fatigoso, parecía infinito; pero ahora tendrá fin. ¿El sentido de un camino no está todo en la meta hacia la que se mueve? ¿Qué hay de más importante que alcanzar el objetivo, asegurarse el resultado?

Pero he aquí que, justo sobre lo más hermoso, el Director divino detiene la escena. Una imagen fija larguísima sobre la tierra ahora ya cerca, para luego enfocar el camino hacia atrás... Los fugitivos hebreos, que ya saboreaban la leche y la miel prometida (¡más apetecible que el maná!), son en cambio conducidos de nuevo a los pies del monte para escuchar por segunda vez la Palabra (como recuerda el título del: *deutero-nomio*).

No sólo el camino de Israel en el desierto ha sido lineal; también aquel de la Palabra muestra una trayectoria inédita, no conforme a las expectativas y sobre todo, no en línea con la prisa de quien desea realizar los propios proyectos.

RE-ESCRIBIR LA PALABRA

Detengámonos sobre la escena descrita en el capítulo 10. Enseguida, es recordado el carácter no confiable y rebelde del pueblo: apenas liberado, cuando Moisés estaba todavía sobre el monte para recibir las diez palabras, está aquí para traicionar a Dios, para postrarse ante un becerro de oro. El Pacto, todavía no se ha establecido con la aceptación de Israel y ya está roto. Las dos tablas escritas por el dedo de Dios son rotas (Dt 9). ¿Fin de la alianza? El capítulo 10 narra la “segunda vez” del Pacto y de las nuevas tablas de piedra. La Palabra debe ser reescrita: cierto, no cambia (v. 4), pero el hecho de ser entregada después del pecado del pueblo, sobre nuevas tablas, obliga a la Palabra a cumplir un movimiento diferente de aquel pensado en principio, a lo largo del camino lineal de la orden seguida.

La Palabra se mueve en medio de la traición; aprende a regresar sobre sus pasos. Por el contrario, de este momento en adelante se mostrará como Palabra en camino, transportada en el arca, con muchos ministros – los levitas – encargados de transportar el arca del Pacto, a poner en movimiento la Palabra, sin otra preocupación (¡herencia!) que no sea ésta.

Palabra oída en el fuego; Palabra escrita sobre piedra; Palabra transportada en el arca. Cuando incluso las grandes palabras constitutivas, lapidarias, o grabadas sobre piedra, se rompen, es necesario repensarlas, volver a ponerlas en camino para volver a encontrar el fuego desde el cual han surgido.

Nuestro texto, después de habernos narrado el descenso de Moisés, vuelve atrás para contar la acción de intercesión, que preserva al pueblo de la destrucción (v. 10). Si la Palabra da voz a un deseo – el deseo de Dios que la humanidad habite de nuevo en el jardín, pensado para ella desde la fundación del mundo – entonces se necesita retornar a aquel deseo, también cuando la misma Palabra pronuncia juicios que saben una sentencia definitiva, de condena sin apelo. Moisés, el hombre de la Palabra, no está preocupado de salvar la piel junto a los suyos (9,14): tiene el corazón en el pueblo entero y con su astuta sabiduría lo defiende a la presencia de Dios. Si el pueblo recibe en herencia la Palabra de Dios, también Dios ha recibido en herencia al pueblo y no obstante todo, debe hacerse cargo (9,29).

UNA GRAMÁTICA DEL CAMINO

En este punto encontramos el versículo que ha inspirado el tema de esta convocación: «EL SEÑOR me dijo: “Levántate, ponte en camino a la cabeza del pueblo, para que entren en el país que juré dar a sus padres y ellos lo toman en posesión”» (v. 11). El camino de Moisés tiene como su única brújula esta confianza en la promesa: Dios tiene reservada para la humanidad una tierra buena, un jardín exuberante; y para poder habitar esta tierra, no haciendo del jardín un desierto, es necesario ponerse en seguimiento de la Palabra.

No es diversa la experiencia antropológica: recibimos una palabra que nos lleva al desierto, una palabra entregada por nuestra madre para poder habitar la vida como tierra buena, para salir de la aridez de la soledad, de la autorreferencialidad y comunicar. La buena tierra, más que experiencia eremítica, es vida comunitaria, intercambio de narraciones, escucha recíproca y diálogo. El exilio es la soledad de nuestras convicciones repetidas como disco rayado, no confrontadas con la vida.

Hay una relación directa entre obedecer a la Palabra y habitar la tierra. Tanto es así que, cuando Israel olvidará la Palabra, perderá la tierra y se encontrará de nuevo en el exilio, esta vez no es más en Egipto sino en Babilonia. Moisés recuerda precisamente esto en su discurso testamentario dirigido a Israel.

En el fondo, podemos reconocer aquí la escena - madre del camino de la Palabra. La Biblia nos muestra los discursos que se pueden hacer sobre la base de esta gramática. Discursos plurales, diferentes, marcados por los diversos momentos históricos en los que surgen, a partir de los tantos desafíos que la humanidad debe enfrentar. No hay un único camino; pero existe la misma dinámica, aquella ilustrada en la escena en que resuena el «levántate y ponte en camino» que Dios dirige a Moisés y a sus herederos, las hijas y los hijos que confían en la promesa.

En esta invitación resuenan otras imágenes de sanación y resurrección (Jn 5,8). Promesa de apoyo, en el fracaso y en la pérdida de orientación, de parte de un Dios que camina con nosotros y que, cuando las rodillas se doblan, en lugar de la mucha devoción, por el desánimo, nos anima a comenzar de nuevo.

Esta invitación hoy, está dirigida, en modo puntual a las mujeres. En el éxodo son también ellas llamadas a salir fuera de la tierra de la esclavitud. La epopeya de la libertad no concierne sólo a los hombres, sino también, a las mujeres y niños. La herencia de la Palabra ha sido dejada a hijas e hijos, herederos del Reino; sin embargo, se reconoce un silencio femenino ensordecedor en la Iglesia (y no sólo). Una vocación de mujeres misioneras, que hace de la comunicación su “misión”, no puede eximirse del (volver) a dar voz a este silencio, de asumir la responsabilidad profética de vigilar, de denunciar todas las veces que el evangelio es anunciado sólo a una parte de la humanidad. Junto a esta voz de denuncia profética, la presencia misionera es llamada a ocupar un rol educativo para apoyar, formar y animar a todas las voces femeninas que pueden hacer (re)descubrir aquel inédito de la Palabra que se libera cuando ésta se pone en camino por cuerpos femeninos.

Camino en peligro, sobre caminos ya transitados pero también inéditos, en lugares desiertos, donde necesita asumirse la responsabilidad de abrir nuevos caminos. Camino sin “google maps”, ni tutorial. Las discípulas de la Palabra deberán aprender a aceptar que el camino, en las Escrituras, se abre siempre después de la experiencia, de la pérdida de la confianza en el camino – *el Señor nos ha llevado al desierto para hacernos morir* – después de la experiencia de errar por largo tiempo, cuarenta años; después de haber recibido la Palabra una primera vez y haberla abandonado; después de haberla recibido por segunda vez.

Es un levantarse y caminar, que viene después de muchos otros intentos de movimiento. En el fondo, el camino de la Palabra nos entrega la sabiduría de la recuperación, de regresar sobre nuestros pasos y recomenzar de nuevo, o de la paradoja del descanso que desencadena el camino, del freno de mano que pone en movimiento el vehículo. Si el arca es el dispositivo nos empuja hacia adelante, contando con la historia, que pide medirnos con los signos de los tiempos, a ser Iglesia en salida, las tablas contenidas en el arca del pacto, expresan el movimiento del regreso, del detenerse a escuchar, para que no suceda que nuestros pies se encaminen por calles ciegas, por caminos sin salida.

Es el moverse a prisa hacia la montaña de María de Nazaret, junto al detenerse a los pies del Maestro de María, hermana de Marta. Sentarse para leer atentamente el testamento que nos llama en causa y moverse para poner en juego cuanto se ha heredado.

LA PALABRA PARA ESTE TIEMPO

Esta dinámica de la Palabra ¿qué puede decirnos sobre nuestro presente? ¿Qué luz arroja sobre las urgencias de nuestro tiempo? ¿Cuáles indicaciones ofrece a nuestra comunidad religiosa?

Porque no somos académicos de la Crusca (academia lingüística italiana): ponemos atención a la gramática sólo para ser capaces de hacer discursos que promuevan el bien de la ciudad, que libren a las Iglesias de la tentación de regresar a Egipto, que nos hagan comprender qué significa hoy, renovar el pacto.

El Libro del Deuteronomio ha sido escrito en el momento de la crisis, cuando Israel ha perdido la tierra y se ha encontrado exiliado a lo largo de los ríos de Babilonia. Es una historia que nos presenta una mirada retrospectiva, que se cuestiona sobre los motivos de su fracaso y sobre la amenaza más concreta de la pérdida de futuro.

Cuando – como leemos en el libro del profeta Jeremías – la urgencia del momento hacía vislumbrar, que sólo la alternativa de aliarse con los babilonios o rebelarse a esta nación poderosa, estrechando alianza con los egipcios. La discusión versaba sobre la mejor estrategia política y sobre cómo salvar la piel. Temporada de profetas no escuchados, vistos como presencia destructiva, serpientes en el vientre. Temporada de contrastes nacida entre partidarios opuestos. Momento histórico en que ya no existe el Templo: Ezequiel llega a decir que Dios mismo abandona su residencia.

Cuando fallan estos puntos firmes, que han sido referencia fija por generaciones y generaciones, ¿qué se puede hacer? ¿Cómo han confiado en la promesa Jeremías y Ezequiel? ¿Cómo ha leído la situación de crisis el libro del Deuteronomio? Estos autores, cuyo trabajo ha llegado en herencia hasta nosotros, no ofrecen soluciones a buen precio. Más bien, nos instan a permanecer en la crisis, de cuestionarla para buscar de entender cómo se ha llegado hasta allí. Nos dicen que hay un momento en que las tablas de la Palabra se han roto, como enmudecidas frente al espectáculo de los ídolos. Incluso en esos momentos, cuando el pueblo olvida y traiciona, los profetas no pueden olvidar ni traicionar al pueblo. Que su tarea no consiste en predicar “paz, paz”, porque sería un cuidar demasiado a la ligera la plaga (Jr. 6,14). A los profetas se les pide de volver a ponerse en escucha de la Palabra y a proclamarla, poniendo atención para no confundirla con sus propias palabras.

En la consciencia de su propia fragilidad y precariedad, teniendo en cuenta la muerte antes de llegar a la Tierra prometida. Pero confiando que, si no ellos, otros, las generaciones futuras lo lograrán. En ciertos

momentos sólo se nos pide tener viva la memoria de la promesa, de creer en la Palabra y en su fuerza. Palabra que será ella a decirnos qué hacer, cómo rediseñar y cómo volver a proyectar la vida.

En el camino de la Palabra, testimoniado en las Escrituras, esta escena-madre, que ha tomado forma en el tiempo del exilio, vendrá discutida y reescrita. Así encontramos a Job, que contesta la confianza deuteronomista en la relación entre escucha de la Palabra y la vida bendecida. Y el Qohélet, que prueba formular una diversa sabiduría de la crisis. Y el último Isaías, tomado por visionario del Apocalipsis, que ve «cielos nuevos y tierra nueva». Sin embargo, también en la diversidad de los tonos y de los lenguajes, ningún libro bíblico se aventura en hacer un discurso no gramatical, que hable de la confianza, sin tener en cuenta su posible fracaso y con las consecuencias históricas (¡e incluso eclesiales!) de tal crisis.

Para volver a levantarse y caminar es necesario regresar sobre la escena del delito y contemporáneamente, sobre el de la revelación.

Un camino que tiene la movilidad de los pasos de danza («Vuelve, vuelve, Sulamita...»: Ct 7,1); que sabe asumir una tendencia litúrgica propia de quienes, mirando hacia atrás, saben reconocer que «hasta aquí el Señor nos ha sostenido», junto a la mirada lúcida propia de quien no elimina nada de la escena histórica y se responsabiliza de ello.

Un camino móvil, amplio, capaz de posarse de modo penetrante (¡no enseguida consolador!) sobre la historia y sobre el Sinaí. Este tipo de mirada, prometido por Dios, será capaz de volver a ponernos en pie, a sugerirnos los pasos a seguir, para hacer de la fe una experiencia de verdadera escucha y no una ideología tranquilizante en una presunta gracia a buen precio.

La Palabra recibida en herencia, de la cual estamos agradecidos, nos entrega una tarea. Exige de nosotros la seriedad de la figura profética, que no procede hasta cuando no ha entendido el significado de la crisis, a la luz de la Palabra. Sólo después se levanta y camina, junto a las personas que Dios ha puesto a su lado.